

LA HOMILÍA

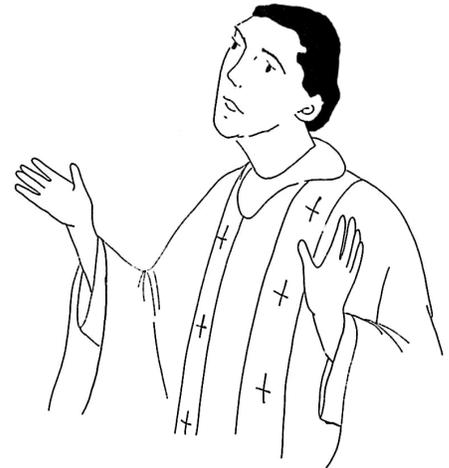
Una lectura atenta del Evangelio nos descubre las actitudes comunicativas de Jesucristo, su gran capacidad no sólo de despertar el interés de la gente, sino más aún, de atraerlos hasta tal punto que lo seguían día tras día sin preocuparse por el alimento para sus cuerpos (Marcos 8, 3); (Mateo 15, 32).

La energía del lenguaje nos permite descubrir en Jesús a un hombre de carácter que apunta sin vacilaciones al objetivo. En verdad les digo, que cuando lo hicieron con alguno de éstos mis hermanos pequeños, lo hicieron conmigo (Mt. 25, 40).

Se adapta perfectamente a los intereses, a las culturas y a las costumbres del pueblo. Evitó la terminología difícil y abstracta, utilizando un lenguaje sencillo, fácil de entender, tocando los sentimientos y la imaginación de sus oyentes.

La riqueza variada del lenguaje y las formas con las que Cristo se comunicó, nos ayuda enormemente para nuestra acción dentro de la comunidad ya que toda la celebración es una estructura dialogada, es comunicación.

Uno de los momentos claves para hacer uso de este lenguaje dentro de la celebración eucarística es la **Homilía**, sermón o prédica, que se hace después de las lecturas.



LA HOMILIA

La Homilía constituye un aparte de la celebración ni más ni menos. Es sin duda una parte importante porque puede aportar un elemento de actualización de lo que celebramos, un elemento que ayude a la vivencia cristiana. No es protagonismo ni rutina, sino un servicio a la vida cristiana de quienes asisten a vivir la celebración, por lo tanto no puede apagar lo que es más importante, la Liturgia de la Palabra y la celebración de la Eucaristía.

Dice Puebla:

La Homilía como parte de la Liturgia, es ocasión privilegiada para exponer el misterio de Cristo en el aquí y ahora de la comunidad, partiendo de los textos sagrados, relacionándolos a la vida concreta. Su preparación debe ser esmerada y su duración proporcionada a las otras partes de la celebración (Nº 930)

Para el animador es importante saber lo que es la Homilía, porque tal vez en más de alguna oportunidad, le corresponderá crearlas y darlas a conocer ante la comunidad. Según las normas litúrgicas, la Homilía es tarea del presidente de la celebración, pero en muchos lugares ha dejado de ser cosa de los curas; ya que la hacen los laicos, diáconos o religiosas. Por eso es bueno que como animador tengamos clara conciencia de su preparación y podamos emplear este lenguaje de celebración.

En muchas comunidades las homilias se preparan en grupos; lo que representa un gran enriquecimiento para los integrantes y para la comunidad en general.

● Algo más sobre la Homilía

Es una proclamación explicada y adaptada de la fe cristiana, del anuncio del Evangelio, de la Fe de la Iglesia.

Tenemos que ver dónde nos situamos, ya que la homilía inmersa es una pastoral amplia, es un lugar privilegiado para evangelizar. Los que escuchan deben sentirse tocados, impactados, correspondidos. Hay que ayudarlos a captar y vivir la Palabra de Dios en medio del contexto histórico actual.

La Homilía no es una lección, ni son opiniones personales del predicador; es una palabra de vida inspirada por el Espíritu de Dios, debe ayudar y comunicar esperanza.

Es fundamental entonces; no tanto pronunciar la homilía, sino PREPARARLA. En muchas oportunidades nos ha tocado escuchar homilías improvisadas, sin **pies ni cabeza** y que se dan vuelta en lo mismo. Sermones interminables y que no dicen nada; esto es particularmente grave cuando los asistentes escuchan domingo a domingo el mismo predicador.



La Homilía debe ser corta, ir directamente al grano, en lo posible no debe durar más de 8 minutos. Lo ideal sería escribirla, aunque a muchos les basta tener sólo un esquema con alguna frase especialmente importante ya escrita, lo que también es bueno. Algo que siempre se debe evitar es la improvisación.

Es importante en una homilía tener claro el fondo y la forma, vale decir que el mensaje penetre y se represente en la gente, para esto debemos preguntarnos lo siguiente:

- ¿Cuál es el mensaje de la lectura?
- ¿Cuál es la situación de la gente?

Se debe poner el máximo de atención al lenguaje, que sea sencillo y que llegue a los otros.

- El lenguaje es un tono, un clima, un sonido, un gesto nuevo, moderno, encierra una gran fuerza.
- Del lenguaje depende que nos entiendan y nos atiendan, que nos comuniquemos y también que sorprendamos.
- En el lenguaje es necesario trabajar tanto como en los contenidos.

Conocemos montones de personas que tienen cosas interesantes que decir, pero fallan en el lenguaje. Poco a poco debemos ir creciendo en esto, ensaya, escribe homilías, hazlo con la fuerza del Espíritu y tomando en cuenta la situación de la gente.

● Algunos Géneros

Estos géneros nos servirán para hacer una homilía de una línea profética:

- **Anuncio:** Exultante, alegre, esperanzador, luminoso, evangelizador, educador.
- **Denuncia:** Agresivo con amor, acusatorio, interpelador. El que lo anuncia tiende a separarse del pueblo, por ejemplo: Ustedes deben ayudar a la gente sencilla, acompañarlos en sus penas... Esto es peligroso porque la gente dirá: ¿Y tú?, cambia cuando uno se incluye, Nosotros debemos...
- **De autocrítica:** De predicación, de examen de conciencia en la comunidad (en qué situación nos encontramos), dar los medios para que nos autocrítiquemos, hacer ver (es muy propio para lo penitencial).
- **Interpretación:** Ayudar a los demás a darse cuenta de lo que acontece a la luz de la Palabra, invitar al mensaje que lleva a la historia, abrir los ojos del sentido.

- Ejemplo de homilía

Homilía del quinto domingo de Pascua ciclo C. (Jn. 13)

En el corazón de la experiencia cristiana siempre está el amor; es lo que más necesitamos para la vida, lo que buscamos afanosamente y lo que pedimos de todos los que nos rodean. Es el mayor don que recibimos de Dios.

El amor entre hermanos restaura las heridas, desarrolla la amistad, la creatividad, la personalidad, potencia los valores del hombre, nos une y nos hace gustar la vida. Buscamos incansablemente esta experiencia básica y fundamental: **Amar y ser amados.**

Cuando Jesús se despide de sus amigos el día antes de morir deja como testamento y tarea por cumplir, sólo esto: Ámense entre ustedes como yo los he amado; este es mi mandamiento, que se amen.

El distintivo por el cual los hombres nos reconocen en el mundo como discípulos de Jesús y que hace presente su espíritu, es el amor que nos tenemos unos a otros. Sin embargo, hemos tapado este amor con nuestros propios intereses, se nos ha regalado en forma gratuita el don del amor y lo estamos farreando, desperdiciando. El amor no se reduce a los mandatos o cumplimientos de preceptos; no basta el venir a misa domingo a domingo, haber nacido en un hogar cristiano el recibir los sacramentos.

Debemos revisar nuestra actitud ante nuestros hermanos, debemos preguntarnos constantemente ¿qué mundo estamos preparando a la nueva generación? ¿qué tipo de vida ofrecemos a los demás?

Hoy en día atravesamos por una oscuridad tremenda, el aire está viciado, hemos ido perdiendo auténticos valores, nociones básicas de respeto, justicia, libertad, bien común. Muchos llevan años viniendo a esta comunidad y ni siquiera existe una preocupación por conocer al otro que se ha sentado tantas veces al lado o enfrente de mí. Si hasta el abrazo de la paz nos cuesta darnos, nos da temor estrechar la mano con confianza, con seguridad. Nada sabemos de aquellos que llevan uno, dos, tres años cesantes, o del abuelo que vive solo, abandonado en una mediagua sin recibir cariño de nadie.

Tampoco sabemos que mujeres, madres de nuestra comunidad pasan diariamente por momentos críticos, como aquella señora que con el cansancio a costas recorre diariamente lugares para hacer uno o dos lavados de ropa ajena con el fin de dar de comer a sus hijos. Condenamos a los jóvenes que están parados en las esquinas o a los que tomaron presos por reclamar sus derechos inalienables o expresarse libremente en su colegio o universidad. Claro, a veces resulta más fácil en nuestro silencio.

A veces es más fácil quedarse en casa y sentarse a mirar TV, escuchar música o ir a encerrarnos a un cine, pero... ¿es esto amor?... frente a todo lo que sucede, tanto en nuestra comunidad como en la sociedad misma nadie puede declararse totalmente inocente, **todos tenemos cuotas de responsabilidad.**

Los padres tienen mayor responsabilidad que los hijos; y los que tienen el poder tienen mayor culpabilidad que aquellos que no tienen influencia.

Todos tenemos responsabilidad en las acciones y en las omisiones, hay silencios culpables y palabras que hacen daño. Por eso necesitamos ir dando ir dando pasos concretos de renovación y purificación para encontrar la salida. Ser cristiano en cualquier histórica, es ser HOMBRE NUEVO.

Cuando seamos capaces de solidarizar con el cansancio de esa madre y de tantas otras que están sufriendo terriblemente, de comprender la actitud de aquellos jóvenes y la de nuestros propios hijos, cuando reconozcamos que en el amigo, el vecino, el obrero, en fin, en cada hombre a un hermano, estaremos despertando a un AMOR VERDADERO.

Hay una necesidad urgente de personas capaces de amar, ¿estamos dispuestos a hacerlo? El cambio es claro y atractivo, es imposible encontrarlo en nuestras pobres fuerzas humanas, pero es posible descubrirlo apoyado en Jesucristo, que nos trae cada día una esperanza nueva.

Tenemos un gran desafío, por muy duras que sean las pruebas y las dificultades que diariamente debemos enfrentar, no nos cansemos nunca de amar a nuestros hermanos, de entregar nuestro tiempo, nuestra inteligencia y la vida si fuese necesario para servir a los demás.

Preguntas para reflexión:

- ¿Cumplimos el mandamiento de **amarse unos a los otros**?
- ¿Cuál es nuestro desafío?